

en el que se arrojaban á su paso numerosas flores y ramas de naranjo; mientras que ahora proscritos sin haber combatido, recogian el grito de dolor que por su separacion se exhalaba de todos los corazones! Esta ovacion hecha á los vencidos era un mal presagio para las ideas innovadoras: los Jesuitas en su desgracia habian sido hasta allí saludados como mártires; solo á la aproximacion de la capital creyó el Gobierno deber organizar una turba que asegurase su triunfo. Acogió el pueblo á los hijos de Loyola con una resignacion dolorosa; pero se obligó al populacho á salirles al encuentro y hacerles expiar con sus rechiflas y gritería las demostraciones de piadosa gratitud que merecieron de todos los pueblos durante su tránsito. Cumplió el populacho la orden del Gobierno, y los Jesuitas verificaron su entrada en medio de continuas amenazas y ultrajes; pero como eran franceses, no permitió el baron Mortier, que se hallaba á la sazón de embajador en Lisboa, que sirvieran los Jesuitas de juguete á aquella turba de liberales mercenarios, organizados por el anciano Emperador del Brasil. — Se arrastraba á los Padres hacia la capital para dirigir contra ellos un movimiento y ofrecerles quizás en holocausto á los excesos demagógicos; pero el baron Mortier se opuso á aquel plan, reclamando en nombre de la Francia á los hijos de san Ignacio: solo su firmeza y su carácter pudo salvar en aquella ocasion la vida á los Jesuitas. Habia no léjos de Lisboa una cárcel célebre en los anales de la Compañía: tal era la torre de San Julian, en la que en tiempo de Pombal murieron tantos Padres sumidos en la mayor miseria y desnudez; en ella fue tambien donde se colocó á sus sucesores, donde sin embargo no permanecieron mucho tiempo, merced á la activa vigilancia del baron Mortier y al apoyo de Mr. Guizot. El nuevo Gobierno portugués, que les habia ya hecho dar algunos pasos en la senda del martirio, vióse obligado pocos dias despues á restituirles su libertad.

CAPÍTULO VI.

La Compañía de Jesús vuelve á emprender sus misiones de allende los mares. — Reproches que le son dirigidos. — No quiere la Compañía crear clero indígena. — Sus motivos. — Procura establecer en todas partes la liturgia romana en perjuicio de los demás ritos. — Regresan los Jesuitas americanos á su patria despues de la supresion. — El P. John Carroll, Washington y Franklin. — Hace el Jesuita reconocer la libertad de cultos en los Estados- Unidos. — Es nombrado primer obispo de Baltimore. — Carta de Carroll y del P. Leonardo Neale al General de los Jesuitas en Rusia. — El P. Molineux, superior de las misiones de América. — El colegio de Georgetown. — Dificultades que ofrece la posicion de los Jesuitas. — Los americanos y sus ideas religiosas. — El Protestantismo apoya á los misioneros católicos. — El P. Grassi superior. — El P. Kohlmann y el secreto de la confesion. — Vese compelido ante el Tribunal supremo de justicia. — Defensa del Jesuita. — Hace triunfar la discrecion sacerdotal. — El colegio de Georgetown elevado á universidad. — Muerte de Carroll y de Neale. — Seis hermanos en la Compañía. — Piden los salvajes á los *ropas negras*. — Los negros de la Jamaica manifiestan el mismo deseo. — Guillermo de Bourg, obispo de Nueva-Orleans, y los Jesuitas. — Parte el P. Van Quickenborn con los novicios belgas para el Misuri. — Van-Quickenborn funda algunas residencias y un colegio. — Excursion en el interior del país. — No se atreven los Jesuitas al principio á entregarse á su celo apostólico en las tribus salvajes. — Causas de su retardo. — Peligran los colegios por falta de dinero. — Se niegan los Jesuitas á echar mano de la subvencion universitaria que la ley les señala. — Expulsion del P. Kelly. — El cólera en los Estados- Unidos. — Los Jesuitas y las Hermanas de la Caridad. — El P. Mac-Elroy en Fredericktown. — Sus fundaciones. — Apacigua Mac-Elroy una sedicion entre los operarios irlandeses. — Los Jesuitas diseminados en los Estados de la Union. — Sus trabajos. — Procuran civilizar á los salvajes por medio de la educacion. — Van Quickenborn en el país de los Kickapoos. — Comparacion que hacen los indios entre los Jesuitas y los ministros anglicanos. — Muerte de Van Quickenborn. — El P. Helias entre los Osages. — El P. Booker entre los Potowatomios. — Es entre ellos médico y arquitecto. — Los presidentes de la Union protegen á los Padres. — Las tribus del Oregon desean á los *ropas negras*. — Parte el P. de Smet para el país de las Cabezas chatas. — Recepcion que se le hace. — El P. Point. — Reduccion de Santa María. — Vida de los Jesuitas en las montañas Rocosas. — El P. Larkin en el aniversario de la independencia americana. — Predica el Jesuita ante el ejército y los magistrados de los Estados- Unidos. — Los Padres en la Jamaica. — Su llegada á Méjico. — Su proscripcion. — El P. Arillaga en el Senado. — Llámales nuevamente el general Santa Ana. — Mision de Siria. — El rey Othon y los Jesuitas. — El

P. Franco en Syra. — Obstáculos que sobrevienen. — El P. Blanchet en Beyruth. — No quieren los Jesuitas renunciar á la proteccion de la Francia. — Los Católicos de Calcuta piden al Papa les conceda algunos Jesuitas. — El P. Saint-Leger instala allí á los misioneros. — Principio de la mision. — Rechazan los anglicanos á los malos sacerdotes, y solo quieren entenderse con los Jesuitas. — Ereccion del colegio de San Francisco Javier en Calcuta. — Secundan los Obispos á los Padres. — Un príncipe indio, llamado Babou-Seal, funda un colegio indio para los Jesuitas. — Condiciones que impone. — Aceptan los Jesuitas el cuidado de educar á los gentiles. — Inauguracion del colegio Seal. — Los hijos de san Ignacio y los magistrados ingleses. — Muerte de los PP. Moré, Erwin y Weld. — Infraccion de las costumbres indias. — Pierden los Jesuitas su colegio indio. — Progresos de las misiones. — Los Jesuitas en Madagascar. — Pide la República argentina Jesuitas para instruir la juventud. — Manda su restablecimiento. — No quieren los Jesuitas apoyar la política de Rosas. — Oblígalos este á salir de Buenos-Aires. — Dirígense á Chile y al Brasil. — El comercio de Catamarca y la Nueva-Granada les acogen con entusiasmo. — El P. Gotteland en China. — Trabajos de los misioneros. — El P. Clavelin y la embajada de Mr. de La Grenée. — Situacion de los Católicos en el Celeste imperio. — Penetran los Jesuitas en el Maduré. — Obstáculos que se oponen á su mision. — Los PP. Bertrand y Garnier. — Costumbres y cisma de los sacerdotes. — Diezma la muerte á los Jesuitas. — Entusiasmo de los Padres en Europa. — *Eamus et moriamur.* — Progresos de los Jesuitas en el Maduré.

Aunque procuraba la Sociedad de Jesús reorganizarse en los diferentes Estados de Europa, no por esto habia renunciado á las conquistas evangélicas, ni á la sucesion del martirio y de la civilizacion que sus predecesores le legaran. Sus gloriosos recuerdos de tiempos pasados, los vivos deseos de los pueblos sepultados en las tinieblas del error, y las apremiantes necesidades de la Religion, imponian á los nuevos Jesuitas el deber de entrar en la carrera de las misiones; en ella, sobre todo, habia producido la supresion del Instituto males que eran de todo punto irreparables. Clemente XIV de una sola plumada destruyó la obra de tres siglos, y cuando no subsistia ya ningun vestigio de aquel gran monumento levantado á la fe católica, invitaba la Santa Sede á los Jesuitas á que empezaran de nuevo su reconstruccion. Inmensos eran los obstáculos de toda especie que se oponian á la realizacion de este designio, siendo indispensable para poder vencerlos formar personas aptas para difundir las luces del Evangelio, á cuyo fin debian enseñárseles todos los idiomas, é inspirárseles aquel ardiente celo que sabe hacer frente á todas las fatigas, privaciones y hasta al desaliento que infunden infructuosas tentativas.

Apenas acababa de salir la Compañía de su sepulcro, cuando se apresuró ya á aceptar la carga que imponia el Pontífice á su abnegacion; á pesar de que no contaba para hacerse abrir las puertas de los imperios idólatras con hombres que, como Francisco Javier, supiesen hacerse superiores á las leyes de la naturaleza. Reducida entonces á sus propias fuerzas, debia luchar la Compañía con todos los peligros y las mas encontradas pasiones, no siendo estos aun todavía los mayores obstáculos que debia vencer, sino los que existian contra ella en el seno mismo de la Iglesia católica. Otros misioneros animados de una idea diferente se habian unido con los enemigos del Instituto para acusarle de que no habia sabido ni querido formar nunca un clero nacional: renovábanse todavía esas imputaciones en el momento mismo en que iban los Jesuitas á emprender de nuevo el curso de su apostolado. Hemos examinado la objecion que los enemigos del Cristianismo tomaron de los émulos de la Sociedad de Jesús, por haber creido deber estudiar á fondo esta cuestion tan tristemente agitada y de una resolucion tan difícil, antes de entrar en la relacion de los hechos.

Pretendióse, y se pretende aun, que por la naturaleza misma de su Instituto, es incapaz la Compañía de establecer de un modo provechoso la obra de las misiones, porque su fuerza centralizadora le impedia aclimatarse en las regiones transatlánticas, y formar en ellas sacerdotes indígenas. A este fin se ha demostrado que la Sociedad nunca se habia ocupado maduramente de ello, y que todos los japoneses, chinos, indios ó americanos que habia elevado á los honores del sacerdocio, perdieron su nacionalidad al pronunciar los votos religiosos. Así es que habria descuidado la Sociedad de Jesús regar las raíces del árbol por adornarlo con ramos de efímeras flores; esto es, que habria procurado mas bien su propia prosperidad que el aumento moral de que era el Evangelio susceptible.

Estas objeciones tantas veces reproducidas, procuradas á la impiedad por el celo de algunos misioneros que no pertenecian á la Compañía de Jesús, han sido objeto por unos y otros de falsas consecuencias. Por nuestra parte no creemos que pueda una cristiandad amoldarse como una estatua, ni que como esta salga del molde subsistiendo por sí misma. Seria, en verdad, hermoso poder producir de un solo golpe obras tan perfectas, que apenas nacidas, pudiesen ya vivir de su propia vida; pero esta milagrosa facultad no se concedió al hombre, al cual debemos aceptar así en la vehemencia de su



celo, como en las imperfecciones de su naturaleza. Habian fundado los Jesuitas importantes cristiandades en todos los vastos continentes del Nuevo Mundo, algunas de las cuales arrastró en pos de sí la destruccion de la Orden. ¿Y es por ventura á los misioneros á quienes debe la civilizacion achacar esa pérdida? ¿Es por ventura á los primitivos apóstoles de Asia y de África, á quienes atribuye el mundo la destruccion de tantas iglesias entonces florecientes? Es innegable que los Jesuitas fueron por mucho tiempo la mas intrépida vanguardia del Catolicismo; pero lo es aun mucho mas, como resulta probado hasta la evidencia por la historia, que nunca aspiraron á minar su edificio cristiano con un sistema de egoismo ó con una ambicion personal. Fundaron en cuantas partes les fue posible escuelas clericales, donde fueron llamados los indígenas para imponerles en los deberes del sacerdocio: solamente en la costa Malabar desde Goa á Cochín, poseía la Compañía seis seminarios en los cuales se educaban una multitud de jóvenes indios, segun se desprende del siguiente escrito del Arzobispo de Cranganora de fecha 28 de enero de 1629: «Los sacerdotes indígenas de esta diócesis, en número de mas de trescientos, son todos instruidos por los Padres de la Compañía de Jesús.» Lo propio sucedia en Colombo, Jafnapatam, Negapatam, Agra, Meliapur y en todos los demás puntos de mision. Se reunieron los Jesuitas de China en sínodo el año 1666, y por una mayoría considerable de votos, se decidió que se creara inmediatamente un clero nacional: tal era ya entonces el fruto que producian en el fondo de ambas Américas¹.

Los salvajes, que en un principio no eran ni siquiera considerados

¹ Constan en una memoria enviada á la Sociedad Leopoldina por el Padre Estéban Dubuisson algunas consideraciones que corroboran singularmente estas palabras. Es el P. Dubuisson un anciano misionero de la América septentrional que en marzo de 1836 dirigia al comité central de Viena, para la propagacion de la fe, las observaciones siguientes:

«No es menos cierto, decia, que los americanos como pueblo tienen mucho amor patrio, y que como católicos desean ardientemente oír predicar su dogma de modo, que en cuanto al lenguaje, á la forma y al fondo, se haga honor á su comunión y á su pueblo. Y en verdad ¿no seria humillante para ellos, sobre todo hoy dia que se ven iglesias tan frecuentadas por sus hermanos errantes, que fuesen siempre los extranjeros los que debiesen predicarles y hacerles comprender la palabra de Dios?»

«Así pues, ¿puede haber socorros mejor empleados en las misiones que aquellos que se consagran para ayudar á los obispos y superiores de las Ordenes religiosas á crear un clero nacional? ¿Pueden acaso las sociedades que

como hombres, fueron despues constituidos en familia, y luego en sociedad; antes, empero, de que se infiltrara la sangre cristiana en las venas de aquellos pueblos, era preciso coronar, por medio del sacerdocio, aquella obra tan dificilmente empezada por la civilizacion. Los Jesuitas, que no podian prometerse ver herida de muerte por la Santa Sede su Institucion, no quisieron precipitarse, á fin de llegar con mas seguridad al apetecido resultado que se proponian. Los acontecimientos, empero, desvanecieron sus esperanzas en el momento de verlas realizadas, siendo ellos mismos arrancados de aquel suelo por la mano que mas debia procurar sostenerles.

El P. Alejandro de Rhodes, segun lo hemos visto en el decurso de esta historia, concibió la idea de formar un episcopado y un clero independiente de la Sociedad de Jesús. Á fin de realizar esta idea, fundó la Congregacion de las Misiones extranjeras; en esto imitaron los Jesuitas á los apóstoles del Norte de Europa, empezaron el plantel sacerdotal sujetando á las reglas de su Instituto á los neófitos á quienes estaba aquella dignidad reservada. Al formar un clero regular para secularizarle en las generaciones venideras, no se destruia en lo mas mínimo su nacionalidad; por otra parte los Jesuitas no consideraban los hombres y las cosas de los siglos XVI y XVII segun las leyes y costumbres del tiempo y del país en que vivimos. Sabian tambien que el emancipar demasiado al Clero era debilitar la unidad católica que debia contener en su seno todas las iglesias particulares: la fuerza de esta unidad resulta de la multiplicidad de los lazos que unen los extremos con el centro, y por lo mismo los Padres solo procuraban desenvolver aquella fuerza.

Otra objecion se ha hecho tambien contra los trabajos de los Jesuitas, la cual, aunque ha sido dirigida principalmente contra la antigua Compañía, no por esto se ha tratado de preservar de ella á la nueva. Esta objecion está formulada en los siguientes términos así en Roma como en el resto del mundo católico: La Sociedad de Jesús turba las misiones y destruye las cristiandades por su intolerancia en todos los ritos extranjeros, y por su obstinacion en querer reducir todas las iglesias á la liturgia y al rito latinos.

Ese cargo, cuya importancia reconocemos todos, ha llegado muy á menudo hasta nosotros. Á fin de saber si era general ó particular, hemos recorrido lo pasado y lo presente hasta llegar á una convic-

«no pierden de vista la Obra de la Propagacion de la Fe hacer cosa alguna que tienda mas directamente á su desarrollo?»

ción basada en actos ó hechos auténticos. Merced á este detenido estudio hemos sabido que en América las cristiandades no tienen ni siquiera la idea de otro rito que el latino; que en las Indias y en la China es también el único que está en uso; que en el Maduré y en Calcuta aceptaron los Jesuitas la cooperación de los sacerdotes de los ritos siríaco y armenio; que en el Líbano viven en comunidad con los maronitas, y que en Galicia no se oponen á la liturgia ruteniana. En otro tiempo se hacía un cargo á los Padres del Instituto por su condescendencia respecto á los trajes religiosos que no se atrevían á modificar sino con el tiempo; hoy se les imputa una intolerancia completamente opuesta á sus costumbres y hasta en contradicción con su modo de propagar el Catolicismo. Tienen los Jesuitas por principio dejar la mas completa libertad á los pueblos que no renuncien voluntariamente á los ritos de su país, y este es el principio que siempre ha adoptado también la Santa Sede. En todas las comuniones religiosas que organizan, se les ve imponer la liturgia latina; pero esta preferencia nunca va tan lejos, que obligue á los fieles de Oriente y Occidente á abandonar los usos que Roma ha respetado, ó que á lo menos ha creído deber tolerar.

Lo mismo allende los mares que en el centro de Europa deben los Jesuitas soportar rivalidades que el celo puede transformar en hostiles; no se les oculta que para llegar al fin propuesto deben armarse de una moderación á toda prueba, y continuar bajo el mismo pie lo que sus antecesores emprendieron sin preocuparse por la divergencia de opiniones y calumnias que pueda originar su sistema. Por otra parte, ese sistema está consagrado por el tiempo y adoptado por la Santa Sede; solo falta, pues, ponerlo nuevamente en práctica.

En el momento en que era la Compañía abolida por Clemente XIV, abandonaron algunos jesuitas la Gran Bretaña para retirarse á la América septentrional, su verdadera patria, por no haber habido nunca allí otros sacerdotes que ellos. John Carroll que los conducía, estaba unido al Instituto por la profesión de los cuatro votos, el cual no tardó en granjearse el respeto y amistad de aquella inmortal generación que preparaba en el silencio la independencia de su país. Fue el amigo de Washington y de Franklin, y hermano de aquel Carroll que tanto trabajó para la constitución de los Estados Unidos. La previsión y el saber del Jesuita eran de tal modo apreciados por los fundadores de la libertad americana, que le invitaron á firmar con ellos el acta de federación. Como eran todos protestan-

tes, iban á consagrar su triunfo por la ley; pero habiéndoles parecido el Catolicismo, enseñado por los Padres de la Compañía, tan tolerante y tan propio para civilizar á los salvajes, permitieron á John Carroll asegurar el principio de la independencia religiosa. Carroll fue admitido á discutir las bases con ellos, y las estableció tan sólidamente, que nunca jamás, desde entonces, ha sido violada en los Estados Unidos la libertad de cultos; porque una vez obligados los americanos á sostenerla, no se creyeron autorizados para faltar á su juramento, á pesar de los progresos que hizo la fe romana por medio de los misioneros. Cuando la unión fue constituida, pensó el papa Pío VI en 1769 dar un guía á todos aquellos fieles dispersados por todos los confines del continente americano. John Carroll fue el primero que recibió el título de obispo de Baltimore, y luego mas tarde el de metropolitano de las demás diócesis y legado apostólico, con otro jesuita, llamado Leonardo Neale, por coadjutor. En 23 de mayo de 1803 escribieron estos dos Prelados, que nunca habían podido olvidar el Instituto de san Ignacio, al P. Gruber, general de la Orden, la carta siguiente:

«Reverendísimo Padre en Jesucristo: Los que se dirigen á vuestra «Paternidad eran ya miembros de la Compañía de Jesús cuando la «desgraciada supresión de 1773, por la cual se vieron obligados á «regresar á su patria. En ella trabajábamos con nuestros hermanos, «porque desde el día en que penetró el Cristianismo en estas regio- «nes, son los Jesuitas los únicos sacerdotes católicos que han velado «en ellas por la salvación de las almas. Cuando en 1783 fueron los «Estados Unidos enteramente emancipados de la Gran Bretaña, nues- «tro santísimo padre Pío VI, de feliz memoria, juzgó necesario sepa- «rar á los fieles de la América de la autoridad y jurisdicción del Vi- «carío apostólico de Inglaterra, y someterles á un obispo especial, «estableciendo una nueva silla en Baltimore, á cuyo Prelado nom- «brado por él concedió la jurisdicción sobre el inmenso territorio «de esta República. Desde entonces muchos sacerdotes, así secula- «res como regulares de diferentes Órdenes, se han esparcido por las «numerosas provincias de América, y cuya dispersión, como nos lo «habíamos prometido, ha contribuido al feliz acrecentamiento de la «verdadera fe. Solo restan, empero, trece sacerdotes de la Compañía de Jesús, debilitados en su mayor parte por los años y por los «trabajos; residen principalmente esos religiosos en el Maryland y «en Pensilvania, provincias en las cuales fue en un principio tras-

«plantada la religion católica, y en las que se halla hoy dia mas
«florecente que en otra parte alguna.

«Por las diferentes cartas de nuestros hermanos, hemos sabido
«con el mayor placer, que, gracias á una especie de milagro, se ha
«salvado la Compañía, y que existe aun en el imperio de Rusia :
«asimismo sabemos que el Soberano Pontífice la reconoce, y que
«por un breve ha facultado á vuestra Paternidad para admitir de
«nuevo á cuantos hayan pertenecido á ella. Cási todos nuestros an-
«cianos Padres solicitan con ardor la gracia de renovar los votos que
«hicieron á Dios en el Instituto, pidiendo terminar en él su vida, y
«consagrar sus últimos dias al restablecimiento de la Sociedad, si la
«Providencia lo permite.

«No ignora vuestra Paternidad los esfuerzos que serán necesarios
«para no resucitar un vano fantasma de la antigua Compañía, la
«cual debe revivir con su verdadera forma, su gobierno y su pro-
«pio espíritu. Para lograr este resultado indispensable, nos parece
«esencial que vuestra Paternidad elija entre los miembros de la Ór-
«den á un Padre dotado de una extrema prudencia, versado en los
«negocios, lleno del espíritu de san Ignacio y de sus Constituciones,
«á fin de que enviado por vos á esta region, pueda disponerlo todo
«en vuestro nombre y bajo vuestra autoridad. En una palabra, de-
«be gozar del poder que tenian los visitadores encargados por san
«Ignacio para ir á los pueblos mas remotos, como el P. Jerónimo
«Natal habla de san Francisco de Borja, y tantos otros de que se
«hace mencion en nuestros anales.

«Podrian evitarse los peligros de tan larga navegacion si fuese
«posible encontrar en Inglaterra ó en este pais alguno de la Compañía
«á quien pudiera confiarse esta mision ; nosotros, á decir la ver-
«dad, hemos estado por tanto tiempo empleados en otros ministe-
«rios extraños á nuestro Instituto, que estamos muy poco experi-
«mentados en su gobierno; por otra parte la falta de libros, de
«Constituciones, y aun de las mismas actas de las Congregaciones
«generales, tampoco permitirian encontrar entre nosotros ni en In-
«laterra ningun jesuita que pudiese llenar dignamente aquellas
«funciones. Parece por lo tanto oportuno enviar aquí á uno de los
«Padres que están cerca de vos, que conozca vuestras intenciones,
«y que sea asaz prudente para no emprender nada con precipitacion
«antes de haber estudiado el gobierno, las leyes, el espíritu de es-
«ta República y las costumbres del pueblo.

«Los bienes que pertenecian á la Compañía están cási en su to-
«talidad conservados y pueden procurar la subsistencia á treinta re-
«ligiosos : despues de la destruccion de la Orden, se consagró una
«parte de sus propiedades á la fundacion de un vasto colegio en el
«que se instruye hoy dia á la juventud en las bellas letras. Cuando
«quiso Pio VI nombrar un obispo en este pais, y mas tarde un
«coadjutor con derecho de sucesion, eligió á entrambos de entre los
«Padres de la Compañía. En esta República los sacerdotes, de cual-
«quier culto que sean, disfrutan todos de la misma libertad : nada
«impide á los regulares vivir segun sus constituciones, con tal que
«obedezcan las leyes del pais ; sin embargo es mejor abstenerse de
«usar el nombre de comunidad en toda clase de contratos. Todos
«los bienes que poseen los religiosos son reputados como exclusiva-
«mente propios de los individuos; y si alguno hay que sacuda el
«yugo de la Religion, lo hace impunemente, porque de ningun mo-
«do se presta la autoridad civil á hacerle entrar en su deber.

«Tales son los votos que desean nuestros cohermanos os sean ex-
«puestos en su nombre : al hacerlo, rogamos á Dios desde el fondo
«de nuestro corazon, para que nazca de la expresion de estos senti-
«mientos la esperanza y un principio de ejecucion para reedificar la
«Compañía, y que Dios os conceda la vida y las fuerzas necesarias
«para llevar á feliz término semejante obra.»

Los dos Prelados signatarios de esta carta desaparecian como tales,
por decirlo así, para no hablar sino como Jesuitas; puesto que sien-
do libres, independientes y colmados de honores, solo aspiraban á
entrar de nuevo bajo el yugo de Loyola, sin querer solamente unir
su nombre al restablecimiento de la Compañía. Se acusan de inca-
pacidad relativa é imploran una luz mas viva que la que ellos pro-
yectan. La contestacion de Gruber no se hizo esperar: en virtud de
la autorizacion concedida por la Santa Sede, podia recibir el Gene-
ral en la Compañía á los antiguos Padres y á todos los jóvenes que
se presentaran, con la condicion, sin embargo, de que en los reinos
donde se negasen los Príncipes á secundar los deseos del Papa, no
deberian los Jesuitas vestir el hábito de la Orden ni vivir en comu-
nidad. Como no era esta prohibicion aplicable á los americanos, les
admitió Gruber desde luego, nombrando al P. Molineux superior
de la mision, la cual contó dentro pocos años entre sus predicadores,
sus sábios ó sus profesores, á Antonio Kohlmann, Pedro Épinette,
Juan Grassi, Adan Britt, Maximiliano de Rantzaw, Pedro Malou y